

**E.
HARO
TEGLEN**

EL PESO DEL AGORA

PROBABLEMENTE el aspecto más importante del debate de dos días en el Congreso, la semana pasada, y de su culminación en ésta con el voto de censura al Gobierno, presentado por el grupo parlamentario socialista, ha sido su condición de público por las vías de la televisión y de la radio. Permiten una aproximación a la forma original de la democracia, un acercamiento a la plaza pública —ágora— impartía la democracia de todos para todos en la ciudad-estado. Cuando reapareció la democracia en el mundo, siglos después, la demografía y la tendencia a las grandes aglomeraciones nacionales hacían ya imposible ese sistema y se creó la democracia indirecta: la voz del pueblo la llevaban sus representantes, sus delegados: sus diputados. La publicidad estaba garantizada de una manera simbólica, por la tribuna pública —siempre pequeña— y también por vía indirecta:

la prensa. "Luz y taquígrafos", decía Prieto; hoy podría decirse "cámaras y micrófonos". McLuhan habló, a propósito de la televisión, de la recuperación de la "aldea global". En estos debates, el Congreso era la plaza pública, el ágora de esta aldea global. Un dibujante certero, Mingote, que —como otro, Peridís— hace editoriales con sus trazos, representaba un ciudadano gritando y apuntando su dedo índice hacia la pantalla, mientras su esposa comentaba con otra persona: "Ahí lo tienes, en su escaño..." ("ABC", 22-5-80). El tema va más allá de la comicidad. Cada uno ha ocupado, efectivamente, un escaño.

LO cual no va sin causar preocupaciones graves a los ocupantes del poder. Advirtamos que no sólo en España, sino en el mundo, la democracia no es todavía una consecución, sino una pugna, algo que trata de elaborarse, que tiene momentos mejores, momentos peores. Desde hace años, hay una restricción de la democracia, por parte de los poderes, que son generalmente conservadores. Hay, desde hace ya años, una tendencia a limitar la fuerza del Parlamento y la representación de los partidos políticos; hay una involución en el régimen parlamentario que residiencia las discusiones a comisiones y ponencias y, fuera de lo oficial, a pactos y consensos. En España se ha acrecentado esta restricción, como consecuencia de las circunstancias históricas; del miedo a la democracia total (más claramente, a la fuerza de los enemigos de la democracia total) y de la tendencia del poder a la introversión. Hay otros elementos. El nuevo lenguaje tecnocrático, el eufemismo, la perfrasis, que alejan al ciudadano de la comprensión del discurso político; la reducción física —de espacio— que no permiten la publicación taquígráfica completa —como se hacía antes, en las grandes ocasiones sobre todo— de los debates en los periódicos.

TODO ello, en conjunto, es uno de los factores del apartamiento del ciudadano, de una forma de despolitización o de lo que se llama genéricamente el desencanto, en España. Hay factores más directos, como la falta de reflejo de las necesidades o la falta de resolución de los problemas. Pero, ¿no es un círculo vicioso? ¿No sentirían mayor presión los poderes si se supieran de verdad vulnerables, de verdad vigilados, de verdad en riesgo? Por ello cabe preguntarse si el aparta-

miento y la despolitización que forman parte de una respuesta lícita y lógica no se manipulan, no se crean desde el poder.

EN todo esto el debate apareció casi como un escándalo; y era lógico que la oposición exigiera que fuese transmitido a todos, y que el poder prácticamente se resignara. Un representante del Gobierno, poco afortunado, se quejó en la tribuna del tono de los discursos de los otros y, con la forma coloquial habitual en España, se presentó como ejemplo: él hablaba "para la Cámara". No como otros, que hablaban para la televisión. Se estaba descalificando. La Cámara es la nación comprimida, reducida, como un microcosmos; la televisión, la radio, son la ampliación al máximo de audiencia nacional. Cámara es un concepto cerrado. Por primera vez en este caso, la cámara se abría totalmente: se convertía en algo abierto. Lo cerrado, lo her-

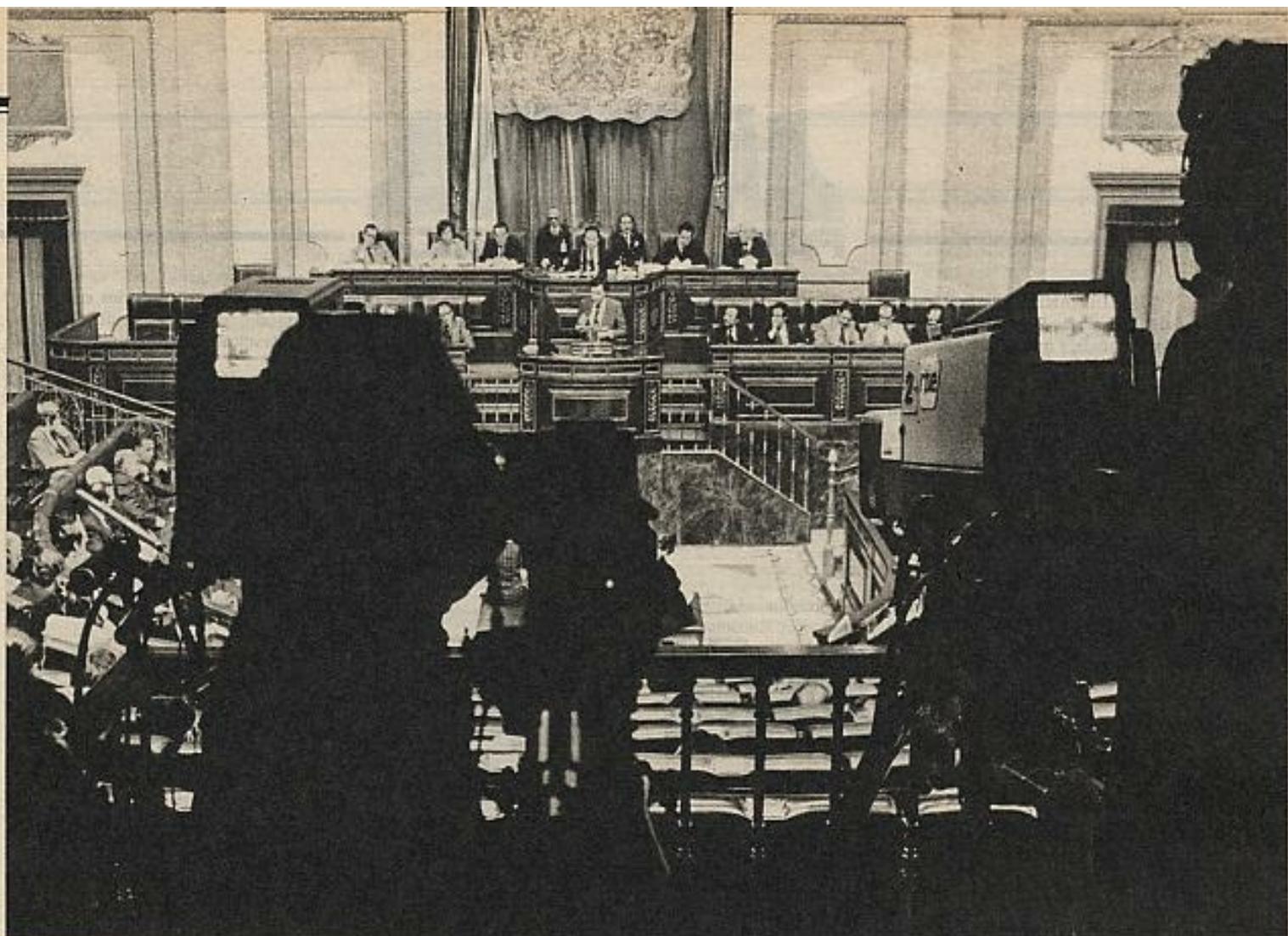
mético, suele ser un concepto dictatorial; lo abierto, un concepto democrático. No cabe duda de que gran número de oradores por no decir todos y también el que era renuente a ese sistema, hablaban sabiendo que les escuchaba el país, con un tono o un estilo distinto del que pueden o suelen utilizar en la "cámara". Lejos de ser algo peyorativo, este cambio era meliorativo.

SI el debate fue considerado como escándalo por algunos —por los próximos, evidentemente, al poder, que jugaba la defensiva— la moción de censura fue presentada como "una bomba". La expresión fue utilizada varias veces por los locutores: también por algún parlamentario. Es una expresión lícita: se aplica a una noticia sensacional. Pero horadando con suspicacia

freudiana, casi con paranoia, tiene una resonancia destructiva, un emparentamiento semántico con el terrorismo. Estamos todavía envueltos en la mítica y en la mística del poder, y del absoluto del poder: hay un miedo, un susto, cuando alguien se enfrenta con él directamente. En el apresuramiento con que el presidente Suárez, y muchas veces sus próximos —del Gobierno, del partido— están diciendo continuamente que es algo normal, que es constitucional, que es legal, hay una insistencia sospechosa: se están convenciendo a sí mismos: como los niños que aseguran una y otra vez, demasiadas veces, que "no tienen miedo" en una situación miedosa: para presumir ante los mayores de que no lo tienen, pero sin dejar de reconocer que están, en efecto, en una situación miedosa, de la que saben que van a salir bien porque no puede pasar nada.

NO puede pasar nada, efectivamente, en la votación de la moción de censura que estará a punto de celebrarse, o celebrándose, cuando salgan estas líneas. No puede pasar nada porque la cámara está cerrada, y porque todo está atado y bien atado. No parece que haya posibilidades de que la moción reúna los votos suficientes. Lo sabía perfectamente el PSOE cuando lo planteó, y por eso aluden sus políticos y sus portavoces, continuamente, a una calificación de este acto político: es testimonial. Es decir, es algo que tiene valor de testimonio, que se realiza ante testigos: testigos que ven y oyen y pueden dar fe de lo visto y oído. Pero estos testigos que somos todos nosotros no somos pasivos: tenemos voto. Para emitirlo, cuando llega el momento,





Las cámaras de televisión y los micrófonos de la radio rompieron el hermetismo de la Cámara, restituyendo a ésta su original carácter de ágora: plaza pública, abierta a las críticas ciudadanas.

recogemos observaciones de nuestro entorno político, social o de costumbres. Si se nos dan pocos datos, si los hechos son confusos y las palabras equívocas, no sabemos bien qué hacer con nuestros votos. Todo ha sido así durante este tiempo, y el examen comparado de las diferentes elecciones y de cada referéndum que se han venido practicando en el país muestra un crecimiento de las abstenciones. Pero una gran apertura de la cámara como la que ha ocurrido estas dos semanas puede cambiar totalmente la actitud de los testigos.

POR eso el no puede pasar nada tiene un sentido muy limitado. La verdad es que está pasando. Pasa algo, y es importante. Pasa que durante un tiempo, que bien puede ser fugaz, el país se ha sentido participante en la política, y que ha habido una aproximación entre los dos conceptos clásicos de país real y país político. Y que por primera vez los no militantes —los testigos, los votantes— tienen la sensación real de que hay una alternativa (aunque después elijan si les gusta o no les gusta). La insistencia, también, del presidente Suárez y sus oradores en que no se ha presentado ninguna alternativa en el primer debate. Justamente llevan años luchando casi más por destruir una posibilidad de alternativa que por gobernar mejor el país. De sobra sabían que una alternativa no se presenta al tiempo que una moción de censura: la moción de censura sólo ha de presentar pruebas —o testimonios, o simplemente opiniones— de que la acción del Gobierno es insuficiente, o errónea, o desviada: que es censurable. Es en el segundo debate, en el que se discute esa moción, cuando el candidato a la alternativa, a presidente del Gobierno —puesto que en España la moción de censura es llamada "constructiva", y requiere la presentación de un candidato— presenta su alternativa: casi un programa de Gobierno, un examen punto por punto de los problemas del país y de las soluciones que ofrece: o de las salidas, o de las posibilidades de abordarlos de otra manera (alternativa) a la que, según él, no ha sabido

abordarlos el Gobierno. En este sentido, los diputados votan ya claramente a uno o a otro (o a más, si es que aparecen otras alternativas).

LO que ha pasado, lo que está pasando, es concretamente esto: el Gobierno ha perdido su invulnerabilidad en la Cámara, y se ha abierto por primera vez la posibilidad de que sea derribado, sin acudir a las elecciones, por un comportamiento erróneo e insuficiente; por primera vez, la oposición ha presentado un programa de gobierno. La impresión de muchos españoles de que Felipe González ha pronunciado unos discursos de estadista, y con una verosimilitud de gobernante; y de que Suárez está, en la comparación, retrasado, meramente justificativo, irregularmente agresivo, poco firme en sus afirmaciones, puede ser contrapesada por los que piensen lo contrario. Es una apertura democrática. Si las ataduras actuales —fruto de las elecciones anteriores— impiden el juego inmediato de la alternativa, no impiden en cambio que quede planteada, y que todo ello va a tener un peso en la política a continuar: y todo ello tiene un peso importante en la política española. El peso del ágora.

NO prejuzguemos cuál va a ser el comportamiento a partir de ahora. En todo caso, no va a ser el mismo: o no puede ser el mismo, a condición de que pueda tener otro y a eso es a lo que le emplaza la oposición, o la forma de gobernar que se puede hacer desde la oposición. Puede ocurrir que el Gobierno salga de este debate con un comportamiento externo aberrante: que cierre más la Cámara, que limite la televisión y la radio, que vuelva a intentar la despolitización, que se oponga como pueda, y dentro de sus leyes, a la libertad de expresión, que trate de reducir de nuevo a la oposición a un papel doméstico, que se encierre a sí mismo, en el caparazón de caracol —lento, protegido— con que dibuja a Suárez el humorista Peridís. Sería una desgracia nacional. Y es bastante probable. ■